

desde el Aquilon al Mediodía. ¿Quién no admira este prodigio? ¿Quién no vé aquí la mano de Dios? ¿Quién no contempla la obra de la Divinidad?

Nos hemos detenido en estas reflexiones por creerlas de la mayor importancia. Medite en ellas el lector, y de seguro se gloriará en ser hijo de esta Iglesia santa, dentro de la cual únicamente puede encontrarse la salvacion. Las doctrinas de Lutero como las que más tarde enseñaron con osadía inaudita los filósofos que se propusieron cambiar la faz del mundo, solo pueden deslumbrar á hombres superficiales é ignorantes.

CAPÍTULO VI.

Qué podia ya esperarse de Lutero.—Su libro «Libertad cristiana.»—Lo dedica al papa.—Qué era la Reforma.—Juicio de César Cantú sobre el talento y doctrinas de Lutero.—Quema este la bula del papa, las Decretales y la Suma de santo Tomás.

Como se ha visto, Lutero estaba ya en completa rebelion con la Santa Sede; el que empezó por condenar los abusos de los cuestores de indulgencias acabó por ser enemigo declarado del catolicismo. Aquello era una especie de locura, un frenesí al que le habia conducido la soberbia, que habia tomado posesion completa de su corazon. Es seguro que desde el momento en que empezó á extraviarse, la gracia se insinuaria para volverle al camino del bien del que se separaba. Empero si la gracia se aumenta en proporcion á la correspondencia á este don de Dios, se aleja del hombre rebelde que resiste á ella y la desprecia. Lutero no la habia aceptado, se entregó á sus propios consejos y estaba perdido; ya no podia hacer otra cosa que saltar de precipicio en precipicio. Ahora haremos una pregunta: ¿Hablabá Lutero en el lleno de sus convicciones? ¿Creía en lo mismo que enseñaba? Un apasionado del heresiarca al que no

escatima sus alabanzas, nos ha conservado en uno de sus escritos esta curiosa anécdota: «Un predicante llamado Juan Musa me contó, que en cierta ocasion se habia lamentado con Lutero, de que no podia resolverse á creer lo que predicaba á los otros. *Bendito sea Dios*, respondió Lutero, *pues que sucede á los demás lo mismo que á mi: antes creía yo que solo á mí sucedía* (1). El mismo Lutero decia: «Muchas veces pienso á mis solas, que casi no sé dónde estoy, ni si enseño la verdad ó no (2).» Y sin embargo, su soberbia le hacia exclamar: «Es ciertò que yo he recibido mis dogmas del cielo: no permitiré que juzgueis de mi doctrina ni vosotros, ni los mismos ángeles del cielo (3).»

Lo dicho nos demuestra lo que ya podia esperarse del miserable apóstata: continuemos ahora la historia de su malhadada obra.

La derrota que tanto Carlostadio como Lutero habian sufrido por el peso de la argumentacion de Eck, fué causa de que las universidades de Colonia y Lovaina y aun más tarde la de Paris, que fué por algun tiempo la protectora del novador, condenasen todos sus errores.

Poco tiempo despues volvió á escribir al papa manifestándole un respeto que estaba muy léjos de profesarle, dedicándole al mismo tiempo un libro que habia escrito bajo el título de *Libertad cristiana*. La carta fué más injuriosa que satisfactoria. En cuanto á retractacion decia terminantemente: «Nadie se lisonjee de verme cantar la palinodia.

(1) Johannes Motthesius, concione 12.

(2) Luther. Colloquio, Isleb. de Christo.

(3) Contra Reg. Ang.

Vuestra Santidad puede no obstante poner fin á todas estas controversias con una sola palabra, avocándose á si el negocio y poniendo silencio á los partidos.» ¿Y qué era la obra que dedicaba al sumo pontífice? ¿Qué objeto habia tenido al escribirla? ¿Qué mision estaba llamada á desempeñar en la república de las letras y en el campo de las ideas? Visto que manifestaba que bajo ningun concepto *cantaria la palinodia*, puede comprender el lector lo que seria su *Libertad cristiana*: un tejido de miserables sofismas concenientes á su fatal sistema acerca de la justificacion obrada sin necesidad de los auxilios de la gracia, lo que segun ya hemos indicado, no era otra cosa que la renovacion de los errores de los pelagianos. Incausable en el mal publicó por el mismo tiempo otros dos escritos sobre los votos, en los cuales defendia las más horribles y anticatólicas doctrinas.

En nuestra *Historia general de la Iglesia*, titulada *Siglos del cristianismo*, tuvimos necesariamente que hablar de la llamada *Reforma* protestante, historiando la vida de Lutero, y dando á conocer sus enseñanzas y sus luchas. Allí reprodujimos importantes noticias que Mr. Audin nos da en su historia del novador. Conviene á nuestro objeto el trasladar aqui unas lineas de esas noticias que esclarecerán cuanto hemos dicho sobre el carácter del apóstata agustino y el objeto que se propuso:

«La Reforma, dice Mr. Audin, es un fenómeno social y religioso. A su aparicion, Lutero encontró los elementos de este movimiento que debia agitar el mundo, ya del todo reunidos: no los creó, como se ha dicho muchas veces, sino que se sirvió de ellos. El gérmen del protestantismo exis-

tía, pues, al aparecer Lutero (1). La accion del doctor de Wittemberg sobre su siglo fué el objeto de un gran número de obras, en que su palabra está representada más poderosa que la de ningun otro escritor, en que su pensamiento está pintado sorprendiendo al porvenir que por intuicion ha adivinado, en que su ciencia del Verbo divino es superior á la de todos los genios católicos, en que su mision es trasformada en apostolado y su obra comparada á la revelacion (2).

»La Reforma, continúa M. Audin, fué violenta al principio: no se contentó con echar de sus conventos á los religiosos, y á los presbiteros de sus presbiterios, sino que los calumnió en sus costumbres y doctrinas, desfiguróles y

(1) Tiene sobrada razon Mr. Audin al expresarse de esta manera. El gérmen del protestantismo existía ya en Alemania. Ninguno que conozca la historia de la Iglesia y de consiguiente todas las herejías que han aparecido en la sucesion de los siglos desde la infancia de la misma Iglesia hasta la desdichada época de la *Reforma*, dejará de conocer que el famoso doctor de Wittemberg no hizo otra cosa que ir reuniendo las más notables entre las antiguas herejías, para presentar su combate á la Iglesia. Así ha sucedido á todos los que despues de él se han propuesto en su loco orgullo destruir el catolicismo. Sirva de ejemplo el moderno tráfuga de la Iglesia Mr. Renan que en su nauseabunda obra *Vida de Jesús* se propuso arrancar con mano impia de la diadema del Salvador del mundo la más preciosa joya, despojándole de una sola plumada de su divinidad. ¿Qué novedad presentó el *sabio* individuo del Instituto de Francia? ¿Tuvo ni siquiera el triste privilegio de originalidad en sus errores? Ya demostramos en la refutacion de dicha obra, que publicamos con el título de: *La Virgen María y el Redentor de la Humanidad*, que no hizo otra cosa que plagiar las impías doctrinas de Gibbon, Strauss, Salvador y otros semejantes corifeos de la impiedad tan repetidamente refutadas y condenadas por la Iglesia. El orgullo ha formado siempre á los herejes.

(2) Pero ¿quién escribía estas obras en las que se quería hacer aparecer á Lutero como un genio sobrenatural? ¿Quién sino los que tenían interés en propagar la nueva doctrina, ó mejor dicho, los que participaban de la impiedad de Lutero podían comparar su obra con la revelacion? Nadie puede poner en duda que el novador estuvo dominado por la soberbia y la sensualidad, que era mordaz y sarcástico, que dió el escándalo de romper sus votos religiosos y contraer un matrimonio doblemente sacrilego. A un hombre semejante, á un hijo de Satanás por la soberbia y la lascivia, ¿podía Dios escogerle para revelar su verdad al mundo? Dios nos habló por medio de Moisés y de los profetas, y despues por los labios de su divino Hijo, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo.

quemó y dispersó sus libros, aquellos libros católicos, sobre todo, en que el escritor, presbitero, monje, jurista, ponía en cuestion á la enseñanza del doctor su mision evangélica, sus costumbres, sus doctrinas, y á su vez le ponía de manifiesto en un teatro donde él mismo habia hecho representar sin piedad á sus adversarios.»

Hemos visto la insensatez de Lutero al llamar al papa el Antecristo, y justamente entonces ocupaba la cátedra de san Pedro un pontifice amado de todo el mundo por sus grandes virtudes. «Nunca, dice el mismo M. Audin, en ninguna época del cristianismo la tiara habia brillado con tanto esplendor; todas las coronas desaparecieron delante de ella. El papa era verdaderamente el monarca universal; reyes, principes, grandes del mundo, pueblo, se disputaban una mirada suya; cantábanle en todos los idiomas, y su retrato adornaba todos los palacios y todas las cabañas, porque el nombre de Leon despertaba á la vez todas las ideas de religion, de arte, de poesia y de gloria.»

Sobre el talento de Lutero y sobre sus doctrinas veamos lo que dice un historiador moderno que viene á confirmar cuanto hemos dicho antes sobre la falta de originalidad del novador en sus errores. El que va á hablar es César Cantú, que al tratar del falso reformador acepta y explana segun vemos por la lectura de ambos escritores las profundas reflexiones del abate Luis Vallée en su *Dictionnaire du Protestantisme*. Hé aqui de qué modo se explica:

«Lutero habia estudiado mucho; pero adviértese en su latin, en vez de la elegancia y la armonia de los clásicos, pesadez y dificultad; y cuando al escribir á Roma, quiera

esmerarse, su estilo es inflamado, ampuloso y abusa de los adjetivos. Escribe mejor bajo la impresion de la cólera: cuando le falta la voz latina recurre á la alemana; por lo demás, apenas para mientes en el arte; habla porque necesita hablar; no argumenta con claridad; pero se parapeta tras de sus paradojas, y pretende racionar sobre lo probable á modo de los escolásticos; de suerte que cuando aventura una proposicion, añade: *Esto es lógica, no fé; la fé, pues, nada tiene que hacer aquí.* Llegó á adquirir cierta destreza para tratar en su lengua natal las materias filosóficas y religiosas; tenia dotes de orador, fecundidad inagotable de pensamientos, imaginacion capaz de producir y recibir impresiones, abundancia y flexibilidad de estilo, voz clara y armoniosa, ojos brillantes, cabeza majestuosa, manos bellísimas, facciones animadas, y cuidaba mucho de llevar siempre limpios el vestido, los cabellos y los dientes. Vivió entre el pueblo y lo estudió comprendiendo que solo del pueblo emanan las revoluciones duraderas. Su voz brilla animada con el orgullo de la infalibilidad personal, que se resigna á referirse á la palabra de Dios, pero reservándose el derecho de interpretarla como mejor le plazca. Clama por lo tanto impetuosamente sin respetar nada; el espíritu y la imaginacion suplen al genio; se adelanta arrastrado por la ira y la impetuosidad sin saber adónde vá. Llegó á predicar tres veces al dia; nunca le faltó sobre qué, y siempre con el calor y el desórden de una oda; era elocuente, si elocuencia es el continuo movimiento del alma; era todavía predicador cristiano; pero previó que la elocuencia decaeria al decaer el dogma y que seria inútil ya

conmover las conciencias por medio del terror ó el sentimiento.

«Ninguna de sus doctrinas era nueva; desde un principio tuvo la Iglesia que sostener con su palabra la verdad sellada con sangre; reunida en torno del sucesor de san Pedro, se vió luego precisada á discutir los dogmas, y segun la inspiracion del Espíritu Santo, á anatematizar la soberbia de la razon, que á modo del antiguo tentador dice al hombre: *Tú eres Dios.* En las controversias suscitadas entre el papa y los reyes se habian agitado todas las cuestiones relativas al poder pontificio, y el mundo habia proclamado la superioridad de la materia sobre el espíritu, de la fuerza sobre la opinion. Los valdenses y los cátaros, y toda aquella multitud de innovadores, habian considerado la Escritura como el único juez competente en materias de fé; la tradicion, como palabra humana, estaba para ellos sujeta á error, y solo en las letras de fuego de la Escritura, brillantes como el sol, no cabia engaño; creian inútil el culto externo; decian que el papa era un Antecristo y que no tardaria mucho en hundirse su cátedra. La libertad de examen fué la bandera bajo la que se agruparon sucesivamente los heresiarcas de la Edad media; y no hubo verdad ni error que no se pusiese en tela de juicio, sobre la gracia, la justificacion y el purgatorio.

«Lutero, pues, no hizo más que conducir las dudas al través de los siglos, sustituir á la constancia de la tradicion la vacilacion de los razonamientos esotéricos, arrojándolos, sin cuidar de ordenarlos primero sobre un mundo dispuesto á recibir la simiente. Algunas almas rectas creyeron ver en

el al hombre enviado por Dios, si no para destruir el dogma, para poner coto á los abusos, concediéndole una fuerza de genio maravillosa. Los literatos decían que escribía con gran desaliño, pero aplaudían sus ataques contra la desacreditada escolástica y los frailes, en los que creían encarnada la ignorancia y la pedantería. Los primeros que se arrojaron á hacerle frente le dirigieron argumentos, que Lutero esquivó con auxilio de la burla y la audacia, concluyendo por obligar á los estudiantes, que no cesaban de aplaudirle, á silbar á sus opositores.

«Era, pues, impetuoso más bien que fuerte; era un torrente que al descender de una gran altura, aunque pobre en su nacimiento, se robustece y atruena; pero esa misma impetuosidad, esas mismas invectivas, esa misma inflexibilidad, ese mismo «magnífico desprecio de los reyes y de Satanás,» consiguieron popularizarle. Y no es de extrañar, porque en la historia vemos el favor con que siempre se ha recibido la fuerza extraordinaria que arrastra en pos de sí á los que necesitan movimiento, pero rehuyen la fatiga de pensar por sí mismos. Los alemanes miraban ya de reojo al papa, desde que se opuso á los proyectos del emperador, de fundir en uno el orden material y moral. Ahora se veía acariciado aquel sentimiento de malevolencia contra cuanto había del lado acá de los Alpes, contra aquellos papas que habían sustraído á sus pasiones una civilización entera; de modo que se aficionaron al nuevo Herminio, declamando contra la pompa y la delicadeza que no conocían, y contra la cultura de que no eran capaces.

«Aumentáronse los protectores de Lutero, y el principal

de todos ellos fué Ulrico de Hütten, autor de las *Epistola obscurorum virorum*, rey entonces de la imprenta, que no ménos valiente con la espada que con la pluma en la mano, combatió en campo cerrado con cuatro franceses que habían calumniado á Maximiliano, y escribió un violento prefacio para el opúsculo de Lorenzo Valla sobre la donación de Constantino. Había abandonado el latín por el alemán, y trataba de formar una asamblea anual de obispos para regularizar la Iglesia, y una constitución cristiana del imperio, cuyo jefe debía ser Carlos V. Pero viéndole vacilar se fijó en Francisco de Sickingen, noble que habitaba á orillas del Rhin.

«Este, uno de los últimos en renunciar al derecho de la fuerza, se preparaba desde su castillo de Landsdthul á reparar con la espada en la mano las ofensas que los tribunales dejaban impunes: en defensa de un particular, hostilizó á Worms, y colocado del lado del emperador, se sostuvo tres años, reintegrándose de los gastos que hacia con lo que robaba á los mercaderes que iban á Francfort, tanto que Maximiliano se vió en la precisión de levantarle el destierro y tomarle á su servicio, siendo por algunos propuesto para emperador.* Fué de los primeros en afiliarse al partido de Lutero y le ofreció su castillo, con la esperanza de que aquel desorden daría en tierra con las trabas puestas á las guerras privadas; y no obstante estas trabas, al frente de mil doscientos hombres que reunió en poco tiempo, atacó al elector de Tréveris, declarando guerra á cuantos príncipes se lanzaran á detenerle; pero asediado con armas á que no estaba acostumbrada la caballería, fué herido, preso en la brecha y muerto.»

A contar desde el momento en que Lutero fué herido por los rayos del Vaticano, no se vió en el fundador de la Reforma, dice el obispo de Meaux, otra cosa más que furor: nubes de escritos echó á volar contra la bula. Por de pronto publicó unas notas ó apostillas llenas de desprecio: en seguida dió á luz un escrito con este título: *Contra la bula execrable del Antecristo*, concluyéndolo con estas palabras: *Así como ellos me excomulgan á mí, yo les excomulgo á ellos á mí vez*. De este modo fallaba aquel nuevo papa. En suma, publicó un tercer escrito: *Para defensa de los artículos condenados por la bula*. En este libro, léjos de retractarse de ninguno de sus errores, ó de suavizar á lo ménos un poco sus excesos, los cometía mayores, confirmando todo lo que habia dicho, sin excluir esta proposición: *que todo cristiano, una mujer, un niño pueden absolver en ausencia del sacerdote, en virtud de estas palabras de Jesucristo*: « Todo lo que vosotros desatáreis será desatado: » ni la otra en que decia, que era *resistir á Dios* pelear contra el Turco... Concluía dando á los hombres este mandato como un oráculo venido del cielo: *Cesad de hacer la guerra al Turco, hasta que el nombre del papa sea borrado debajo del cielo* (1).

Mr. Audin cita tambien estas palabras del novador: « Hé aquí cómo yo me retracto, bula, hija de una bola de jabon. Dime, ignorantísimo Antecristo, ¿ cómo eres tan necio para creer que la humanidad va á aterrarse: si bastase para condenar decir: « eso me desagrada, no, no quiero, » no habria ni mulo, ni jumento, ni topo, ni zángano que no pudiese pasar plaza de juez. Dícese comunmente que el asno no

(1) Bossuet: *Hist. de las variaciones*, lib. I, núm. xxiv.

canta mal, sino porque entona demasiado alto, y la bula hubiera cantado mucho mejor á no haber abierto contra el cielo su boca blasfema... ¡ Ah bulistas! ¿ no temblais que piedras y tronos suden sangre al escuchar las abominaciones que verteis? ¿ Dónde estais, emperadores; dónde estais, reyes y príncipes de la tierra? habeis dado vuestro nombre á Jesus en el bautismo, ¿ y sufris ahora la voz infernal del Antecristo (1)? » Y segun Henrion añadió: « El papa es un lobo poseido del espíritu maligno, es necesario juntarse de todas las sociedades y pueblos contra él. No hay necesidad de esperar ni la sentencia del juez ni la autoridad del concilio (2). »

Luego, como se ve, Lutero no solamente era impío, sino que á su impiedad unia la más refinada grosería. De quien de tal modo se expresaba ¿ qué se podia esperar? Ya hemos visto que habia manifestado antes al Sumo Pontífice algun respeto aunque fuese hipócritamente, pero al fin irritado por la excomunion agota contra su venerable persona los términos más bajos é indecentes para mejor injuriarle. Necesariamente hemos de ocuparnos de las variaciones del protestantismo: pero ya puede observarse por lo que llevamos historiado, que por lo que más se distinguió Lutero fué por sus inconsecuencias. Esto no nos extraña, pues sabemos muy bien que no hay unidad donde no se halla la verdad. La unidad es nota propia y peculiar de la Iglesia católica, porque sólo en ella se halla la verdad, que en vano buscaríamos en las demás religiones ó sectas.

(1) Mr. Audin: *Hist. de Lutero*, cap. xi.

(2) Henrion, obra citada.

Una especie de locura acometió al apóstata desde el momento en que conoció la bula de su condenacion. Es imposible que mayor rabia pueda apoderarse del corazon humano. La bula corrió por toda Alemania, y fueron muchos los que queriendo permanecer fieles á la comunión católica quemaron los escritos que tenian del hereje: pero este á su vez quemó la bula, y con ella las Decretales de los papas y hasta la *Suma* de santo Tomás. Era el 10 de diciembre 1513 cuando cometió este nuevo hecho tan escandaloso en Wittenberg delante de la iglesia de Santa Cruz, y á presencia de una multitud de personas inficionadas ya en sus herejías, que le colmaron de aplausos.

Ya no habia en lo humano remedio para Lutero; no podian aumentarse sus impiedades, y sus menosprecios hacía la cátedra de la verdad que ocupa Pedro en persona de sus legítimos sucesores. Al dia siguiente de haber quemado la bula, subió al púlpito, desde el cual se glorió de la obra y dijo que hubiera sido mejor quemar la silla pontificia.

El que de tal modo obró con el jefe supremo de la Iglesia, y que tuvo la osadía de quemar públicamente, como hemos visto, la *Suma* de santo Tomás, así como la bula de excomunion y las Decretales, no podia ya guardar respeto á nadie ni á nada. Enrique VIII, del que más adelante hemos de ocuparnos, se lanzó á refutar á Lutero en lo que habia escrito acerca de los sacramentos, y le llamó por desprecio doctorcillo y santurron. Hé aquí lo que escribió aquel rey: «Niegue, decia, nuestro erudifillo que toda la comunión cristiana saluda á Roma como á su madre y guia espiritual hasta el extremo del mundo. Cristianos separados por

el océano y el desierto obedecen á la Santa Sede. Si este inmenso poder no radica en el papa por voluntad de Dios ni de los hombres, si es debido á la usurpacion y á la rapiña, expliquenos Lutero su origen. La derivacion de un poder tan grande no puede estar envuelta en las tinieblas, mucho más pudiendo recordar su época. ¿Data de dos ó tres siglos? Abra la historia y lea. Pero si esta potestad es tan antigua que oculta su principio en la noche de los tiempos, téngase presente que las leyes humanas legitiman la posesion de todo aquello cuyo origen no puede indicar la memoria, y que por unánime consentimiento de las naciones está prohibido tocar lo que el tiempo respeta. Rara imprudencia se necesita para afirmar que el papa fundó su derecho en el despotismo. ¿Por quién nos toma Lutero? ¿Tan estúpidos nos cree que vayamos á dar asenso á la idea de que un pobre sacerdote haya bastado á establecer un poder como el suyo; que sin ningun objeto, sin ninguna especie de mision ni derecho haya conseguido someter bajo su centro tantas naciones; que tantas ciudades, tantos reinos, tantas provincias hayan sido tan pródigos de su libertad, que hayan reconocido á un extranjero, á quien no debian fé, homenaje ni obediencia?»

El rey teólogo defiende despues con sólidos argumentos la misa, bajo el doble aspecto dogmático de buena obra y de sacrificio.

Hé aquí cómo se expresaba abandonando el terreno de los silogismos: «Emilio Scauro, acusado ante el público romano por un hombre sin reputacion, exclamaba: *Quirites, Varo afirma, yo niego; ¿á quién creereis vosotros?* Y el pue-

blo le aplaudió, y el acusador se sintió confundido. No procuraré buscar mejor argumento en la cuestion del poder de las llaves. Lutero dice que la palabra de la institucion se dirige á las leyes. Agustin niega; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; Beda no; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; la Iglesia se levanta en masa y dice no; ¿á quién creereis?»

No continuaremos en este terreno. Procuraremos seguir con órden la historia del heresiarca.

CAPITULO VII.

Matrimonio de Lutero.—Adriano VI, sucesor del papa Leon, felicita á Erasmo por haber combatido los errores del apóstata.—Nuevos libros publicados por Lutero.—Entrevista de Lutero y Carlostadio.—Decadencia del catolicismo en Alemania.—Cuadro delineado por M. Audin.—Su parecido con lo que hemos presenciado en España.

Vamos á ocuparnos del hecho más escandaloso de la vida del fraile apóstata; es la parte verdaderamente cómica de aquella vida desordenada. Lutero, como monje, estaba consagrado á Dios, habiendo hecho voto de perpétua castidad al pié de los altares. Sin embargo, el que habia hecho traicion á todos sus deberes, que se mofaba de la autoridad del sumo pontífice, que contradecía los principales dogmas del catolicismo, no tuvo la menor dificultad en dar al traste con sus votos religiosos para dar rienda suelta á sus pasiones. Se habia enamorado de una religiosa alemana, de noble nacimiento, y determinó hacerla su esposa, mejor diremos su concubina, porque no podia haber entre ellos verdadero matrimonio. Ganoso en llevar á cabo su sacrilego propósito, la noche misma del viernes santo (1525), hizo rotar del claustro á aquella religiosa junto con otras ocho compañe-